



Rodolfo

Una historia casi
verdadera

Manuel E. Piza

A manera de Introducción

Esta monografía intenta ser una colección de notas biográficas sobre mi padre RODOLFO EMILIO PIZA, CHAMORRO, DÍAZ, MORA, SASSO, GUTIÉRREZ, REMÓN, ALVARADO, SASSO, DE LA PEÑA, SOPORDA, ULLOA, quien vivió intensamente los primeros 70 años del siglo XX y, por eso es, en parte, una biografía novelada de nuestra familia en esos años en Costa Rica. Digo novelada porque aunque, no soy novelista ni historiador por lo que no espero tener éxito en esos campos y solo pretendo llevar a usted, a quien pido la paciencia de seguir leyendo, una serie de relatos que enmarcan la vida de esa persona a la que quiero y admiro tan profundamente: Rodolfo Piza, mi padre, pero sin ajustarme siempre a documentos sino poniendo un poco de creatividad a aquellos acontecimientos que sé de cierto que ocurrieron pero de los que no tengo todos los detalles.

Soy consciente de que esta biografía o como quiera llamársela, va a carecer por necesidad de veracidad y exactitud en cuanto a algunas fechas, personas y lugares ya que no poseo todos los documentos y utilizo fundamentalmente la tradición oral a la cual adicionaré muchas veces investigaciones bibliográficas y mi propia inventiva basada en el conocimiento de un personaje que es uno de los más importantes de mi vida con quien conviví intensamente algo menos de 20 años y mantuve siempre una cercana relación personal.

Posiblemente el hecho de ser el menor de mis hermanos y que me tocó vivir buena parte de ese tiempo al lado de un padre enfermo quien, en muchos sentidos, dependía de mí, me dio la oportunidad de tener con él largas conversaciones acerca de pasajes de su vida. También otros familiares nos narraban anécdotas en las que Rodolfo era protagonista destacando siempre las principales características de su enorme curiosidad e interés cultural con una personalidad carismática y aparentemente despreocupada.

No podré eliminarme a mí mismo como un personaje más de la historia ya que muchas veces me referiré a lo que viví personalmente y mis experiencias y recuerdos brotan a mi mente y me tientan a incluirlas, sobre todo cuando compartía muchas de ellas con el verdadero protagonista de la narración.

Distraído por antonomasia o, diría yo, desconcentrado de todas aquellas cosas que no ocupaban su atención primordial, hacía que sus anécdotas fueran famosas y se repitieran de boca en boca. Pocas veces había una reunión familiar con primos, tíos o simplemente con mis hermanos, en que no surgiera una anécdota de las muchas que ilustraban esas características de su vida.

Si tuviera que describirlo en pocas palabras diría que era amante de la verdad y la justicia, tolerante en política y religión sin llegar a ser librepensador; estudioso de todos los fenómenos humanos y sociológicos, especialmente de la lingüística. Profundamente clasista y algo racista, como buen producto de una familia en la que esos rasgos estaban entronizados pero al mismo tiempo dispuesto a tratar con cualquier persona, de cualquier raza, clase social o económica, eso sí sin darle entrada en el sancta sanctorum de su núcleo familiar, para lo cual era

muy estricto; fue un crítico implacable y poco comedido ante los abusos de la autoridad, las acciones poco éticas de sus parientes o conocidos, la política nacional e internacional y sobre todo los desmanes y distorsiones de la economía que ocupaba un punto central en sus intereses cotidianos. De costumbres muy sencillas y una increíble capacidad de socializar, buen conversador, lector asiduo, al punto de leerse totalmente La Ciudad de Dios de San Agustín, todos los tomos de la segunda guerra mundial de Winston Churchill a quien admiraba profundamente y varios otros libros de similar tamaño de la biblioteca de los frailes capuchinos de Cartago; fumador empedernido y de costumbres nocturnas, le gustaban los juegos de azar aunque con apuestas mínimas o simplemente por diversión y le encantaba el ajedrez y los crucigramas, aunque nunca llegó a ser muy bueno en esos campos. De joven fue un buen billarista y sobre todo gran aficionado a ese juego pero pronto las molestias reumáticas en el hombro izquierdo (recordemos que era zurdo) le impidieron seguir jugando.

La ideología política de mi padre era difícil de definir. No era socialista aunque respaldaba apasionadamente la justicia social y la distribución equitativa de la riqueza. No era un capitalista al estilo de la postguerra en los años 50s y 60s, aunque defendía a ultranza el derecho a la propiedad privada y al disfrute del resultado del esfuerzo individual. El gobierno, según sus propias palabras, debía hacer muy poco y limitarse a regular las relaciones entre los actores privados. Criticaba abiertamente el concepto de «Estado Empresario» y sus defensores y a la política económica prevalectante en el grupo heredero de la Junta fundadora de la segunda república, aunque tampoco congeniaba con los conceptos de la seguridad social obligatoria ya que consideraba que perjudicaba, en vez de beneficiar, los intereses de las clases trabajadoras como también los de los empresarios a quienes se les imponía una carga que pronto haría que el país perdiera su capacidad de competir en el mercado internacional.

Nunca tuve la oportunidad de verle pasado de tragos aunque sí disfrutaba de un buen vino (como el Marqués de Riscal que me mandaba a comprar en la pulpería «el periquito» durante la etapa de Alajueta y naturalmente en una época en que se vendía libremente una botella a un niño de 9 a 12 años por la suma de 9 colones incluyendo un helado de palito para mí).

«Estaré viejo el día que pierda la capacidad de asombrarme – me decía frecuentemente – y estaré corrupto el día que pierda la capacidad de indignarme». No sé si esa frase era de su cosecha o si la tomó de alguna de sus múltiples lecturas, pero define perfectamente su espíritu de curiosidad permanente por todo lo que lo rodeaba y su absoluta profesión hacia la honestidad.

Rodolfo fue, ante todo, un humanista; un ser humano excepcional y con una consciencia clara de estar viviendo una época maravillosa en todo sentido. Festejaba los avances industriales y culturales y criticaba la política, la economía y la guerra; tenía total certeza de su origen judío sefardita y aunque conocía muchas de las tradiciones del judaísmo, nunca hizo un esfuerzo por acercarse a

los grupos de judíos que vivían en Costa Rica, generalmente de origen askenazi y poco compatibles con sus ideas.

Se distinguía por una paciencia infinita la cual se demostraba en todas las ocasiones y no dudaba en dedicar horas a revisar mis tareas las que, debido a mi dislexia, frecuentemente contenían errores, a reparar cualquier cosa que se descompusiera, desde un tractor hasta una batidora o una plancha, las que frecuentemente quedaban peor que antes y a contarme anécdotas del abuelo, de sus hermanos y de las diversas etapas de su vida, las que detallaremos en el desarrollo de la historia.

Era bastante perfeccionista en relación a «como debían hacerse las cosas» (recuerdo cuando decía a mi madre que la elaboración de unas cortinas “era cuestión de milímetros”) pero no era aficionado al trabajo, más bien diría yo que no le gustaba trabajar. Ideaba grandes proyectos pero no los llevaba a cabo personalmente; algo así como un ser toti-facetico que sabía de cualquier cosa, o al menos eso pensaba yo. En algunas ocasiones le hice una pregunta y me respondió que desconocía la respuesta pero que debíamos investigarlo juntos. ¡Nada más me imagino lo fascinado que estaría usando la internet!

Para escribir esto debo fiarme de una memoria muy incierta en la cual el presente ocupa un espacio enorme pero el pasado resulta borroso. Me imagino que a la mayor parte de los seres humanos nos ocurre algo similar aunque envidio profundamente aquellos que pueden simplemente «recordarlo todo». Sin embargo, es curioso pero esto es como penetrar en un bosque que hemos recorrido anteriormente... una cosa lleva a otra y se abren puertas que ni siquiera sospechaba que estaban allí.

No podría catalogar mi relato, no es un cuento porque pretendo que sea bastante verdadero, no es una biografía porque tiene muchas partes en que simplemente dejé vagar la imaginación para llenar baches imposibles de clarificar ya que no quedan testigos de los mismos. Tampoco me atrevo a nominarla como novela ya que no me siento suficiente escritor como para pretender esto, aunque las licencias que me tomo al completar las narraciones con diálogos o descripciones que son a veces producto de mi mente calenturienta, podrían hacer que califique en ese género.

Simplemente dejémoslo como una monografía o relato que me urgía plasmar en el papel (o en la pantalla de la computadora, que hoy día es casi lo mismo) para brindar un tributo al hombre que, para bien o para mal, forjó mi personalidad y me hizo llegar a ser lo que hoy soy.

No podré, tampoco, desligarme sentimentalmente de mi relato y evitar que aquellos parientes y conocidos a los que quise entrañablemente tengan más importancia que otros de los que no recibí actitudes cariñosas o a quienes nunca realmente les importé o incluso de quienes tuve que recibir actitudes de desprecio o que trataron mal a mi padre con o sin mala intención.

Conocer los antecedentes de cualquier cosa que se quiera enmarcar en un relato es, a mi manera de verlo, fundamental tarea y, por ello, arrancaré con un estudio de los antecedentes que he podido recopilar de mi familia. Primero los Piza, judíos sefarditas procedentes del Caribe en donde se desarrolló una exitosa sociedad hebraica y luego la familia de mi madre que se volvió tan importante para nuestro protagonista al punto que no podía prescindir de ella ni un instante formando una total simbiosis que se fue gestando desde el principio del matrimonio pero se volvió indisoluble en los últimos 20 años de la vida de Rodolfo en que Emilia, mi madre, se convirtió en su enfermera, su asistente, su soporte, simplemente su todo.

Costa Rica al nacimiento de Rodolfo

Nació Costa Rica, la provincia más pobre de la región centroamericana y la más alejada de Guatemala, capital del reino, a la vida independiente casi en forma imperceptible y de hecho, de eso debemos estar seguros, sin que la mayoría de sus escasos 70 mil habitantes se dieran cuenta del cambio. Necesitaba el incipiente país, una campaña que nos definiera como nacionalidad y esa oportunidad nos cayó del cielo cuando, en 1855, al atorrante de William Walker, médico, abogado, político, periodista y denominado el último filibustero, se le ocurrió, al frente de su banda de «Inmortales», la insensatez de ingresar a Nicaragua para participar en el derrocamiento del presidente Fruto Chamorro Pérez, por cierto, pariente nuestro. Fruto Chamorro es considerado el primer presidente de Nicaragua aunque la mayor parte de su poder lo delegó desde temprana etapa de su mandato iniciado en 1854 en José María Estrada, Diputado Presidente de la Asamblea Constituyente del Estado. Al ingreso de Walker ya Nicaragua se encontraba en guerra civil y fueron precisamente los oponentes al gobierno, los que vieron la oportunidad de incorporar la fuerza militar de Los Inmortales para asegurar su triunfo.

Walker, menospreciando el espíritu y la valentía de estos pueblos centroamericanos, pensó que podría sojuzgarlos y convertirlos en un camino de paso para las ambiciones de los estados confederados del sur de los Estados Unidos en su afán por preservar su estilo de vida ya en franca decadencia por el enfrentamiento con los estados del norte que los llevaría, unos años después, a la guerra de secesión, pero también en concordancia con los intereses comerciales de los estados del norte y su pujante producción industrial la cual precisaban de llevar a California, en medio de la fiebre del oro y sobrepasar las enormes dificultades y peligros que conllevaban los medios terrestres de transporte a lo ancho de los Estados Unidos por caminos o fragmentos de ferrocarril llenos de obstáculos y peligros.

William Walker era oriundo de Tennessee, Estados Unidos en donde nació en el año 1824. Se le consideraba un «niño genio» ya que a la edad de 14 años se graduó cum laude como médico en la universidad de Tennessee y poco después terminó también la carrera de abogado y ya a los 21 años, licenciado en ambas carreras y había incursionado en el campo del periodismo. En el año 1850 inició sus actividades como filibustero al invadir Cuba con un grupo liderado por un venezolano Narciso López, con la idea de anexionar la isla, en ese tiempo dominio español, a los Estados Unidos como un nuevo estado. Luego del fracaso de esta expedición Walker intentó por su cuenta la invasión de Baja California y Sonora en México conquistando ambos estados y auto nombrándose presidente.

Los triunfos del filibustero tuvieron mucha difusión en Estados Unidos y le ganaron una banda de adeptos incondicionales y dispuestos a seguirlo a cualquier nueva aventura. En 1854 el gobierno mexicano logró derrotar a la banda de casi 400 filibusteros que tuvieron que huir hacia el norte siendo Walker

juzgado en San Francisco por violación del principio de neutralidad que inspiraba la política norteamericana pero exonerado casi inmediatamente.

Después de esto y menos de un año después William Walker estaba dispuesto de nuevo a entrar en acción y esta vez puso sus metas en Nicaragua que era en ese tiempo y bastante antes de la existencia del canal de Panamá, una de las rutas predilectas para mover mercancías entre las costas oriental y occidental de los Estados Unidos.

Los Estados Confederados de América, también llamados La Confederación de Estados del Sur, fue un intento de país formado por los once estados sureños que se separaron de los Estados Unidos de América entre 1861 y 1865, pero tal controversia ya se veía venir desde inicios de la década de 1840. Su existencia nunca fue reconocida como país, con excepción del papa Pío noveno y el gobierno del Rey de Inglaterra, que vio una posibilidad de recuperar su influencia y vender armas a la «recién nacida nación norteamericana».

Los Estados Unidos de América apenas llevaban “unidos” poco más de ochenta años y difícilmente conformaban una nacionalidad sino un conjunto de territorios donde se fraguaban dos sociedades, cada una con modelos sociales, políticos y económicos distintos. En 4 décadas había visto multiplicarse varias veces su territorio con la compra de Luisiana a Francia, Florida a España, la anexión de Texas y la posterior guerra con México que le aportó un incremento del territorio en el sur y, poco después se aumentaría con la compra de Alaska y su millón y medio de kilómetros cuadrados a los zares de Rusia.

Es así como en el espacio de una generación, había nacido un enorme pero aún vacío imperio, y conforme se expandía el país, también fue adquiriendo mayores proporciones el problema de impedir que las fricciones y conflictos internos lo fraccionaran. Quizás al igual que Costa Rica, Estados Unidos necesitaba también una cruenta guerra para definirse como nación.

El ambiente político en el década de 1850 a 1860, cuando ocurrió la invasión filibustera en Centro América, había quedado moldeado por el interés del sur en sus plantaciones y en la conservación de la esclavitud, mientras el norte se inclinaba hacia el comercio, la navegación, la revolución industrial, la minería de carbón y hierro y los intereses financieros, habiendo abolido la esclavitud. De un lado se encontraban los agricultores deudores, y por otro los capitalistas acreedores y banqueros. En cierta manera esto vino desde poco después de la Independencia, los sureños fueron representados por el partido demócrata que siguió los pasos de Thomas Jefferson y los del norte por los federalistas, más tarde definidos como republicanos seguidores de la estirpe de Alexander Hamilton.

Bajo ese ambiente político incierto se gestó en la mente de William Walker apoyado por algunos inversionistas del sur, la decisión de seguir el «destino manifiesto» enunciado por John O ‘Sullivan periodista de Nueva York quien

estimaba que los Estados Unidos estaban destinados a conquistar y dominar el Canadá, México y los países de Centro América, la idea de invadir Nicaragua.

Se propuso Walker hacer eso haciéndose elegir presidente del país y emprendiendo la conquista de la llamada vía del tránsito, basada en el río San Juan y el lago Cocibolca de Nicaragua y que era operada por ciudadanos norteamericanos, liderados por el millonario Cornelius Vanderbilt y otros ingleses con el beneplácito de los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua.

Es entonces que la verdadera guerra de independencia de Costa Rica fue la del 56 a falta de una anterior porque, nos guste o no, son las guerras las que definen una nacionalidad y sin ellas somos como un adulto que haya pasado del la infancia a la adultez sin una tormentosa y necesaria adolescencia.

Dice el doctor Juan Rafael Quesada, historiador costarricense «la Campaña Nacional ha sido la experiencia histórica más significativa y trascendente en la forja de la nacionalidad costarricense. Pero al mismo tiempo esta guerra tuvo una dimensión continental, y hasta europea, pues la gesta fue vivida como un enfrentamiento entre la “América anglosajona”, normanda o teutónica, y la “América española”, la cual en el fragor del combate fue denominada “latina”; esto es, una señal colectiva de identidad que nos distingue hasta el presente». (Quesada, 2011)

Centroamérica entró a la guerra contra los filibusteros con diversos abordajes e intereses, pero no cabe duda que fue Costa Rica la que lideró el proceso y que los verdaderos héroes de la campaña fueron don Juan Rafael Mora (don Juanito), su hermano Joaquín y el general José María Cañas quien, aunque de nacionalidad salvadoreña terminó casado con Guadalupe, hermana de don Juanito y de Miguel Mora Porras quien ocupó la presidencia de la república por solo 10 días ante la renuncia del doctor Castro Madriz y algunos otros.

Es así como la postguerra del 56 con el vergonzoso fusilamiento de los héroes nacionales, la lucha contra el cólera y los procesos de estructuración de la nacionalidad dieron lugar a obras totalmente desproporcionadas para el tamaño de la nacionalidad costarricense, como el hospital San Juan de Dios, el asilo Chapuí y otros centros hospitalarios que surgieron en las principales poblaciones (ya que no se les puede llamar ciudades) como Cartago, Alajuela, Puntarenas, la fundación de Liceo de Costa Rica, los primeros colegios de educación secundaria y normal como el Colegio Nacional de Señoritas y el Instituto de Alajuela, entre otras y el esfuerzo por construir un ferrocarril interoceánico que no culminó hasta el año 1905. Todas esas obras marcaron la segunda mitad del siglo 19 y, si hubieran tenido un paralelo en la segunda mitad del siglo 20, guardando las proporciones entre una incipiente nación de menos de 70 mil habitantes y una como la actual de cuatro y pico de millones, nos hubieran catapultado al mundo desarrollado para el final del milenio.

Sin duda las dos obras que más emblemáticamente marcaron la segunda mitad de la Costa Rica del siglo 19 fueron la construcción del Teatro Nacional que se

inició en enero de 1891 una vez que el Decreto N° 33, reforzado por el 47 la ordenara declarándola "obra nacional"; cuando la ciudad de San José tenía no más de 20 mil habitantes y, casi simultáneamente la decisión de «importar» un edificio completo, el llamado «edificio metálico» en piezas desde Bélgica con un peso de más de mil toneladas y con los recursos navieros de la época. Al tiempo que se construían esos emblemáticos edificios se logró, gracias al doctor Carlos Durán (otro personaje que aparecerá repetidamente a lo largo de esta narración), quien siendo presidente municipal de San José gestionó la traída del edificio y al grupo de colaboradores que organizó desde la llegada del doctor desde Inglaterra, un plan para el mejoramiento de la educación y la salud pública que incluyó la fundación y operación de la escuela de enfermería, la instalación de salas de operaciones en el Hospital San Juan de Dios, la introducción de la anestesia y la antisepsia ya de uso en Londres, la construcción del hospital de insanos que posteriormente se llamó asilo Chapuí, para lo que él usó sus propios recursos, donando los primeros 5000 colones. Dirigió también los estudios de la anemia y el mal de tierra de los campesinos descalzos que diezmaba a la población y el inicio de la lucha antituberculosa que culmina con el llamado Sanatorio Durán que se instaló en las montañas de Tierra Blanca de Cartago. Esos son signos de que la economía costarricense era boyante por el gran éxito alcanzado por las exportaciones de café y el desarrollo de una sociedad clasista pero bastante más benevolente en la repartición de la riqueza que las de los demás países centroamericanos en los cuales se dio una situación casi de esclavitud de las clases desposeídas.

Con la independencia en 1821, la definición del territorio con la anexión del partido de Nicoya y la proclamación de la nación en 1853, el creciente Estado enrumbó hacia un norte definido por la ambición absoluta de «progreso», dentro de la cual la expresión artística estuvo presente en todo momento. Es así como durante la administración de Juan Rafael Mora Porras (1849-1859) se llega a edificar el Teatro Mora, de carácter público, el cual fue concentrando la presentación de eventos artísticos dentro del ámbito urbano; este establecimiento pasa a denominarse Teatro Municipal una vez fusilado don Juanito. El teatro logró por muchos años suplir la necesidad de espectáculos del pueblo costarricense y de la sociedad de las principales ciudades de la meseta; pero poco a poco se deterioró hasta que llegó a cerrarse en 1888 cuando un terremoto terminó por destruirlo. Luego el teatro, posteriormente cine, Variedades y el que fue conocido como Teatro América que fueron también construidos en la segunda mitad del siglo 19 y vinieron a llenar el vacío dejado por el anterior.

Si nos transportamos a esa realidad de 1897 de una ciudad con la población menor que la del distrito de Pavas en la actual capital de Costa Rica y la pobreza de un pueblo marginal de nuestra época, en la que los 47 médicos registrados en todo el país (los únicos profesionales organizados en el protomedicato, una organización a la usanza española creada con el ánimo de reglamentar y controlar quiénes y cómo se ejercía la medicina), recorrían el país por polvorientos caminos sin puentes, en volanta o a caballo, acompañados de coma-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

